

ANA EMILIA LAHITTE: UNA POÉTICA QUE DESCONOCE PERIFERIAS

Por ADRIÁN FERRERO

Ana Emilia Lahitte (La Plata, 1921-2013), constituyó un referente en la ciudad de La Plata que, además de la producción de su propia producción poética, sistematizó y organizó un legado de generaciones de otros relevantes colegas bajo la forma de ediciones de recuperación con antologías, Introducciones o Estudios Preliminares que si bien no respondieron a una formación de base académica o bien sirviéndose de los recursos de la crítica literaria con más formación teórica, sí fue capaz de elaborar toda una serie de paratextos como los citados que contribuyeron a una lectura en clave local con proyección a lo nacional incuestionable. Ello la volvió una figura que en el orden nacional fuera de inmediato reconocida como alguien que no solo valoraba sino colaboraba para difundir las poéticas de una toponimia que no era la metropolitana. De modo que esto ya marca una primera diferencia (entre varias otras, como veremos) que la distingue de los productores culturales capitalinos. No otra cosa realizó, por ejemplo, con Roberto Themis Speroni, Horacio Núñez West y también los autores a los que dio en llamar en su libro *Cinco poetas capitales: Ballina, Castillo, Mux, Oteriño, Preler* (1995). Los “cinco poetas capitales”, consiste en una compilación con la producción de todos ellos: Osvaldo Ballina, Néstor Mux, Horacio Castillo, Rafael Felipe Oteriño y Horacio Preler, acompañado de sendos trabajos críticos. Se trató de poetas de la ciudad que habían consolidado una poética, con *corpus* más amplios o más reducidos que otros, según los casos, en virtud de sus respectivos ritmos de creación o, en todo caso, publicación (que sabemos no son los mismos en todos los poetas y no dependen solo de ellos), pero que en definitiva ya contaban con una obra notable, además de una poética contorneada. Proyectos creadores de un indudable perfil y de un valor que los volvía fundamentales para la cultura literaria de La Plata, con proyección provincial y hasta nacional, me atrevería a decir. Porque varios de ellos figuran en antologías de poesía argentina. Cada cual había ya escrito, visto retrospectivamente, lo más sustantivo de su producción poética por ese entonces. Dado a luz sus obras mayores.

Si bien Lahitte fue una figura que obtuvo reconocimiento nacional e internacional, con matices, no menos cierto es que su actividad fundamentalmente se concentró en la ciudad de La Plata, ciudad en la que siempre estuvo radicada. Desde aquí publicó buena parte de sus libros (si bien muchos aparecieron en Buenos Aires), su obra poética completa fue editada y luego reeditada por la Municipalidad de La Plata y fue nombrada Ciudadana Ilustre. Todo esto da la pauta de que si bien incuestionablemente gozó de una reputación que fue valorada hacia otras zonas del país y del extranjero (fue becaria en México de la OEA y España e invitada por varios países para eventos culturales) no menos cierto es que fijó su centro de operaciones culturales en una toponimia que no fue precisamente la centralizada en Buenos Aires, sino en una considerada “de provincias” para quienes asisten al fenómeno literario desde

zonas capitalinas con cierto desdén no exento de subestimación. Muchos de esos productores culturales de la metrópoli o bien quienes producen desde el extranjero en lengua española en ocasiones suelen considerar a esta toponimia como un espacio “menor”, incapaz de dar a la talla de su excelencia. Cunde la idea de que quien reside (para el caso) en La Plata, es “un provinciano”. Un habitante “del interior” (nominación y definición denotativamente por cierto cuestionables). Ello, bien mirado, no deja de resultar un prejuicio que se ha visto refutado por varios casos de naturaleza excepcional o, sin llegar a esos extremos, a autores o autoras que han obtenido premios o bien ganado becas, editado en otras zonas del país o del extranjero, han sido traducidos o bien desde La Plata, en silencio, han edificado poéticas de una intensa potencia creativa. Pero en la mayoría de los casos, ese prejuicio es producto de la desinformación, el desconocimiento y la falta de difusión de las poéticas que aquí se producen, la falta de lecturas, la falta de distribución de los libros de La Plata en Buenos Aires, terminan por verse refutadas. Autores o autoras en ocasiones de naturaleza destacable permanecen en una bruma que no favorece su conocimiento cabal.

Asimismo, en el caso de Lahitte buena parte de sus trabajos fueron editados por instituciones gubernamentales o privadas, motivo por el cual queda en claro que fue una productora cultural que gozó de relaciones apacibles con las instituciones sociales, políticas o económicas. En modo alguno se podría afirmar que estuvo reñido su prestigio con las instituciones dadoras de devoción cultural en virtud de la cantidad de premios obtenidos, de libros editados, de becas obtenidas, de invitaciones, de vinculaciones con creadores y creadoras de Buenos Aires, que la respetaron. En este sentido, lo que subvierte su poesía no es precisamente el vínculo con los citados espacios de decisión y de poder con sede en la ciudad, con los que no entra en colisión, sino que existen otra clase de indicios en tal sentido. Este dato resulta importante a la hora de evaluar de qué modo su labor propiamente artística entabla una serie de diálogos, tramita posibles confrontaciones, se pone a salvo o las evita en relación con los contextos. Ana Emilia Lahitte si pudiéramos afirmar que fue moderadamente perturbadora del orden social lo fue parcialmente desde su poética. Y no de toda. No plantea instancias exasperadas de enfrentamientos con el poder político. Tampoco su escritura dialoga con la esfera de la sociocultura con intención crítica aguda o severa. Esto me parece relevante señalarlo porque hay otros creadores y creadoras que sí se ven o complicados, o enfrentados o comprometidos en una pulseada con las instituciones que se vinculan con los poderes desde la exclusión, la rebelión, el inconformismo, la abierta hostilidad hasta llegar, en los casos más exasperados, a la censura. No fue este su caso. Sin ser una productora cultural aduladora sí sus proyectos gozaron de la bienvenida que fue contemporizadora, en la que sus proyectos fueron halagados por dichas instituciones, fueron recibidos con beneplácito, acogieron sus propuestas incluso con interés crítico y las propiciaron su interpretación de ese legado, como dije, tarea a la que se abocó. Muchas de sus iniciativas fueron posibles gracias a ese apoyo económico que permitió el editorial. Le fue otorgado ese favor porque le vieron con buenos ojos el modo y el corpus de que ella proponía. También esas instituciones se veían beneficiadas como suerte de mecenas de esta autora a la cual brindaban su incondicional aval.

No obstante, afloran en su poesía presencias que sí tuvieron rasgos iconoclastas, como los malditos franceses, algunos blasfemos desde la poética.

O bien hay referencias claras al orden de la conflictividad social, al aludir al enfrentamiento que en su punto culminante dio lugar a la bomba de Hiroshima. Esta referencia por lo que pude consultar en sus libros más importantes irrumpe en más de una oportunidad. A los niños de la calle, citando nada menos que a Pasolini también los lamenta, está atenta a esas presencias marginales. Algunos tiempos belicosos de Occidente. O bien a ciertas situaciones en las cuales las generaciones adultas aspiran a desprenderse de los más ancianos confinándolos en vergonzosos depósitos como los conocidos geriátricos o los más elegantes hogares para ancianos. De ese modo no serán un obstáculo en el camino supuestamente pujante hacia la vida que aspiran a proseguir de modo indolente sus familiares. La recurrente presencia de Marguerite Yourcenar para la sociedad de su tiempo histórico, pone en coloquio su poética con algunos núcleos semánticos para nada apacibles, como el lesbianismo y la aspiración a vivir libremente, en plenitud, sin apego a represiones que atenten contra la realización de los individuos, en particular las mujeres. Mucho más en una sociedad conservadora, chica, en la cual la experiencia de la sociocultura habitualmente castiga esas prácticas tenidas por heterodoxas pero, peor aún, transgresoras a la heteronormatividad. Esto es: no se trata ni de una poesía que omita los contextos ni de una poesía que los idealice. Todos los que mencioné de un modo u otro confrontan contra la ley social. Si bien esto no se traduce de modo dominante, es decir, no se trata de una poética de corte crítico de la sociocultura, sí compromete algunas zonas de la experiencia de los roles sociales como veremos desde la insurrección (para acudir de modo elocuente a uno de sus últimos títulos). Tampoco me parece que corresponda omitir estas pinceladas en las que de modo expreso Lahitte se pronuncia sin olvidos ni eufemismos con señalamientos claros respecto de cuáles son sus puntos de vista en torno de temas acuciantes, aflictivos o accidentados para una comunidad. En especial como la argentina y la occidental. Si tenemos en cuenta (como haré referencia en más de una oportunidad en este trabajo a esa circunstancia), a una ciudad chica, donde las costumbres no son las más liberales de las grandes ciudades, más permisivas con el semejante, menos pendientes de la opinión ajena, atenta menos al comportamiento de sus vecinos, el comportamiento de Lahitte se torna más transgresor aún.

Me gustaría, eso sí, mencionar algunas de las distinciones recibidas por Ana Emilia Lahitte a lo largo de su vida. Además de haberse visto beneficiada, tal como lo adelanté, por una beca de la OEA en México y del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, fue invitada por los Ministerios de Cultura de Bélgica, Alemania, Italia y Austria. Publicó 27 libros hasta *Gironsiglos* (2005, hubo uno póstumo). Y recibió en las últimas dos décadas de su vida la Pluma de Plata del Pen Club Internacional, Pluma de Oro de la Fundación Argentina de para la Poesía, Primer Premio Nacional de Poesía (Región Buenos Aires), Premio Konex Diploma al Mérito, Premio Esteban Echeverría Gente de Letras, Premio La Luna Qué, Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía, Premio Página de Oro y Letras de Oro de Honorarte. En 1997, como dije, la Municipalidad de La Plata edita sus *Obras Completas* sumando entonces luego una segunda edición (ello supone circulación de su poética e instalación moderada en el campo intelectual). Y en ese momento es cuando se la designa Ciudadana Ilustre. Su taller de poesía y sus Hojas y Cuadernos de Sudestada acreditan 25 años y 300 publicaciones editadas con su sello. Entre algunos de sus numerosos títulos podemos nombrar: *El muro de cristal* (1952), *La noche y*

otros poemas (1959), *Madero y transparencia* (1962), *Los abismos* (1979), *Los dioses oscuros* (1980), *El tiempo, ese desierto demasiado extendido*, (1993), *Cinco poetas capitales: Ballina, Castillo, Mux, Oteriño, Preler* (1995), *Hugo Mujica* (1996, reportaje), *Insurrecciones* (2003), *Gironsiglos* (2005) y *El padre muere* (2006).

Ignoro si esta circunstancia constituyó una preocupación para ella pero hacia sus últimos libros, entre otras constantes, irrumpe esta idea de la carne, al cuerpo me refiero, como materia que se consume, se erosiona, se deteriora, lentamente el tiempo deja huellas en esa sustancia orgánica que pierde su lozanía, la va ajando. Resulta efímera en su condición sólida, así como antes se ha consumido en "épocas de celo", tal como ella misma lo declara, en el placer, en una suerte de confesión en la que deja entrever que no solo no ha sido casta, sino que tampoco ha habido un solo hombre en su vida. Esto se torna particularmente evidente. Ese cuerpo que ahora languidece, que disipa las pasiones o cuya carne agoniza de la juventud de antaño, también ha conocido un vigor, un esplendor que se añora o bien del cual la poeta se despide, no sin notas de nostalgia. Vislumbra que lo que se acerca es un lento proceso de decadencia, de degradación del cuerpo pero también de las facultades mentales. Esto deja una marca fuerte. Y hasta me atrevería a afirmar que un sabor amargo. Un melancólico sinsabor, si así se prefiere. Y acentúa el recuerdo y el afán evocativo. No se trata de un yo lírico que se queje exactamente. Sino más bien de un yo lírico que en todo caso se formula preguntas acerca de cómo ha sido posible que ese cuerpo que hasta hace no mucho era fuente de placer físico sobre todo, que se consumía en el eros, se colmara de zumos, de fragante semen (como escribe ella), ahora se marchite.

Este cuerpo que ha conocido los deleites de la cópula, que se ha abandonado al encuentro con la alteridad del varón, que se exhibe sin pudores en sus poemas sencillamente porque no tiene por qué haberlos, sin embargo acusa durante esta última etapa de su poética la idea de una vejez que consiste en que no deja de sentir su registro como una pérdida. Su autopercepción es la de alguien que asiste a ese devenir que el tiempo hierde con su poder irremediable el soma. Se ve privada de una materia primordial que avivaba el encuentro entre dos cuerpos. El yo lírico conoce otras disminuciones para las que la vejez no pareciera una etapa del todo digna (ni tampoco feliz) para un sujeto, en este caso femenino. Queda la juventud y la madurez como "el recuerdo de los amantes" que se han tenido, se ha gozado con ellos, se ha entablado un diálogo desde la alteridad que ha consistido en una cierta dimensión del goce (también del intercambio en tanto que entendimiento emocional) que ahora le ha sido sustraído. Este secreto del yo lírico consigo mismo sin embargo cuyo velo se descorre (al igual que la desnudez) pone al descubierto una intimidad: la de que ha existido junto a otros de modo excitante. Y se ha estado junto a otros menos desde una institución social como el matrimonio que desde la libertad subjetiva encarnada en el orden del cuerpo. El yo lírico (femenino) ha sido permisivo con su sensualidad y su sexualidad durante una etapa de la temporalidad durante la cual a la mujer escasamente se le solían dispensar esas libertades, sin inhibiciones por parte o bien de la sociedad o bien de la familia, que la censuraba. Es en este punto en el que me gustaría detenerme en la poética de Ana Emilia Lahitte. Es en el que advierto una posición de arrobamiento según la cual hay una resistencia a mandatos a prohibiciones, en cambio, una imposición del yo lírico femenino de vivir según el modo en que ese yo lírico femenino lo elija según sus propios

términos. Según su voluntad. Según su decisión. Su vida será gobernada no por el mandato de la ley social sino por lo que dictan su deseo y su independencia. El yo lírico tiene una capacidad de definir su futuro sin admitir la intrusión de extraños o incluso de familiares. Y dudo mucho que para una mujer escribir esta clase de poemas hacia la época en que ella lo hizo no dejara de resultar no digo escandaloso (tan luego después de hablar de los malditos o de Pasolini) pero sí que tuviera repercusiones en su entorno de un modo u otro. Que causara un cierto revuelo, por llamarlo de alguna manera. Desde la atracción para algunos, desde la detracción, desde el repudio para otros tantos, desde la sanción, finalmente, para los más conservadores. El solo hecho de escribir sobre temas que introdujeran controversias sociales ya constituye de por sí una posición activa y no pasiva frente al orden establecido. En principio diría que en esta línea de su estética Lahitte no se manifiesta como una escritora que adhiere fervorosamente a las apariencias. No sustrae la experiencia del placer a sus poemas. Otras mujeres no se lo permitían. Lo consideraban un tema tabú. Jamás lo hubieran admitido ni asumido para su lírica. O al menos no se permitían afirmarlo públicamente, aún en esta nueva transacción que supone todo arte, en la cual un sujeto (para el caso femenino, como dije) es resistente a ciertas interdicciones y las infringe sin dar explicaciones. Goza y disfruta de su cuerpo, lo considera evidentemente un patrimonio inalienable, privado, del que puede disponer con total autonomía y dominio porque es dueña de su libertad, lo que supone ser dueña del modo de administrar su cuerpo en el mejor sentido de la palabra, esto es, de entablar vínculo como así lo desee desde la posición que así ella misma lo elija. No admite, obstinada, ninguna clase de interdicción. Tampoco autocensura. Ana Emilia Lahitte, en este punto me parece una mujer que viene a romper los roles de género que habitualmente, y muy en especial durante la época en que ella fue criada y educada, ha de haber significado en una ciudad chica como La Plata, pequeña y de costumbres por lo general conservadoras, una indudable transgresión a la ley moral tan rígida por entonces adoptando la forma del estallido. Esta transgresión está presente en su yo lírico. Ello no supone que su biografía lo haya sido (pero tampoco lo niega). Se trata de un punto culminante a destacar. Enunciar una circunstancia desde el poema no es sinónimo de haberla consumado abiertamente en el orden de lo referencial. No constituye un sinónimo haberlo escrito el haberlo practicado en la realidad empírica. Todos estamos al tanto de que la poesía admite muchos rostros, máscaras, recorridos connotativos, roles, una dramaturgia con los que el teatro de la poética nos permite jugar sin demasiados riesgos pero sí mucha libertad subjetiva. Se trata de un discurso polisémico, se trata de un discurso atravesado por múltiples tensiones, recorridos, no es un discurso unívoco, no es lineal. También puede presentar muchas apariencias en el mejor sentido de esta palabra. Puede que haya provocado un cierto comadreo, chismes, hasta, en los casos más pacatos, repudio social. Ignoro su impacto tanto como su alcance francamente, pero aún hoy pensando en su época no deja de resultar llamativo ese afán disolutorio de la prohibición social, eludiéndola. Lo cierto es que en el cuerpo se aloja su transgresión más elocuente.

Llegamos a una conclusión que aparentemente importa una paradoja. El cuerpo es el lugar de la contravención. El lugar de la violación de la ley social. Es el lugar, el locus de enunciación poética según el cual la disidencia se vuelve tangible, esto es: material y sentimental. No obstante, también es el espacio que

lentamente va demacrando a ese yo lírico mujer. Lo va consumiendo. Pero los falsos pudores son apartados porque no existen para el yo lírico los eufemismos.

Hay un poderoso contacto con la lírica argentina contemporánea. Sus múltiples epígrafes y dedicatarios, esto es, los paratextos que acompañan incluso poemarios completos, establecen complejas relaciones con la tradición, revelan un sistema de lecturas de infinita riqueza y traman además emblemáticas formas de entrelazar una relación con poéticas de nuestro tiempo y, muy en especial, de nuestro país. Con una suerte de fecundo coloquio según el cual la poesía de modo incesante regresa a la poesía como un vórtice en medio de un remolino. Su poética reenvía a otras en un juego de espejos enfrentados que se fecundan. La poética se alimenta metonímicamente mediante esos paratextos de otros poetas (femeninos y masculinos, no traza diferencias en tal sentido, no hay reivindicación de género visible) y arma una suerte de friso y de síntesis con la propia, acudiendo a las más dispares tradiciones nacionales. Por otra parte, los dedicatarios a través de esos paratextos, o bien mediante citas o epígrafes, otorgan una autoridad a su palabra y la invisten de la pertenencia a una comunidad de creadores y creadoras, que la ponen a la par de los varones. Ella se considera una par y se supone que el resto hará lo propio respecto de ella (eso queda inscripto en sus textos, lo que tampoco es sinónimo de que exista una relación de contigüidad o intimidad entre poetas cifrados según esos términos que Lahitte invoca). Puede o no haber reciprocidad en los vínculos. Ello permanece en suspenso o, en todo caso, en el misterio de lo vincular. Pero estimamos que seguramente si esas dedicatorias aluden a poetas contemporáneos a su quehacer poético, esos libros han sido publicados y esas dedicatorias leídas por dichos poetas, indudablemente la tal relación vincular tanto desde el discipulado, desde la noción de colegas en un nivel de paridad como en un nivel de amadrinamiento de poetas más jóvenes efectivamente en esos términos tiene lugar o tuvo lugar ese contacto entre semejantes, por más que en algunos casos existe un ascendente. En tal sentido, una sinceridad franca se percibe en esos diálogos implícitos puestos de manifiesto en los mencionados paratextos. En mi percepción de escritor ya con una cierta trayectoria en el oficio percibo un reconocimiento por parte de personas de muy distinta orientación, en las que verifico un consenso indiscutido respecto de la significación en la relevancia de su figura representada por una poética que es valorada. Como si su nombre fuera sinónimo de una excelencia en la poética lengua española en nuestro país que se integra a una comunidad de otros autores y autoras que ven en ella incluso una reivindicación de género, por lo que pude llegar a apreciar por comentarios en las redes sociales a los que he asistido recientemente.

La poesía de la ciudad será una de sus preocupaciones centrales, como ha quedado en claro para esta poeta. No solo multiplicando una labor editorial incansable, rescatando otra, sino un patrimonio fundamental para que las generaciones que prosigan a la suya conozcan lo que ella misma ha conocido, descubierto o redescubierto. Probablemente la tradición dentro de la cual ella se inscribe y en la que no hay, que yo sepa, figuras femeninas de fuste. Sí es indudable la presencia de peso de Matilde Alba Swann como una voz poética que ha sido distinguida en La Plata, pero hasta donde sé, no conozco otras de similar jerarquía dentro del campo de la lírica en la ciudad de La Plata que la de Lahitte. La de Elba Ethel Alcaraz de Porro es otra voz importante, en la que sí quisiera poner el acento.

Gran cantidad de poetas han hablado de la generosidad de Ana Emilia Lahitte. Este dato me parece digno de ser subrayado, elogiado y valorado en toda su magnitud y magnanimidad. Porque alguien que bien podría haberse consagrado de modo egoísta a la práctica de una poética que gozaba ya de muy buenos auspicios desde sus comienzos (y también de las instituciones que la consagraban, como dije) optó por otro camino. Lahitte dedica buena parte de su vida a esta tarea de estimulación, promoción, divulgación e intervención editorial en la circulación de bienes simbólicos asociados a la lírica de su ciudad (y no de otra tónica distinta). Y cuando alguien multiplica también ese ejercicio de naturaleza permanente regresa, le es restituido de algún modo al punto del que partió bajo distintas formas. Bajo la forma de la gratitud, bajo la forma del reconocimiento de sus discípulos y bajo la forma de una ideología literaria inclusiva en el seno de un proyecto creador que consiste precisamente en una determinada lectura por ella realizada de ese *corpus* en el que se ha profundizado pero que también ha contribuido a elaborar como parte incuestionable tarea. Tanto para el canónico como para el que está germinando Lahitte tenía palabras o de aliento o bien de divulgación que concretaba en ediciones. Su ideología literaria seguramente empaparó, enriqueciéndola, a la de muchos autores y autoras de la ciudad, que la consideran una maestra. En otros casos, al igual que en la narrativa los lamentablemente fallecidos Leopoldo Brizuela y Gabriel Báñez, que también hicieron escuela, la poesía de Lahitte seguramente ha sido influyente para sus discípulos que la leían, la escuchaban o la siguen leyendo. Pero se formaron con ella en este espacio concreto que fue su taller. Y para otros que fueron ese otro recinto: sus libros. La recuerdan, en palabras recurrentes, bajo el lexema de “maestra”.

Lahitte deja plasmada, también, su lectura de la tradición local de múltiples maneras. Vuelve ese legado un *corpus* concreto, devenido libro, para la crítica: lo prepara para ello peor también la enuncia mediante estudios, circunstancia que me parece importante destacar. Lahitte bien podría haber puesto su mirada en España, o en México (donde residió durante algunas temporadas) o en otros países de América Latina, de riqueza poética O incluso, si vamos al caso, a lo más sencillo: la reivindicación y el apego estudioso de poetas de Buenos Aires, a quienes bien conocía porque por esos espacios circuló. A quienes podría haberles rendido un interesado tributo. Sin embargo, no pagó peajes. La ciudad de La Plata, sede de su trabajo como dije, sería el núcleo de capital simbólico al que tomó como toponimia también simbólica de su labor cultural pero sobre todo de sus reflexiones, de sus cavilaciones poéticas y operaciones críticas, encarnadas en un proyecto creador ya contorneado. Se inscribió en una determinada tradición. Se apartó de otras. Realizó operaciones críticas, teóricas (menos) y editoriales bajo la forma de intervenciones que configuraron una cartografía cultural dentro de la cual también ella se ubicó en un lugar que, dadas las circunstancias, fue incuestionablemente de centralidad en lo relativo a la lírica escrita por mujeres. Desestimó las poéticas que no consideró que eran las primordiales según su criterio. Ese espacio que adoptó podríamos denominarlo el de una figura, por un lado, mediadora entre quienes ignoraban ese patrimonio y quienes ahora comenzaron o comienzan a conocerlo y a reconocerlo. Por lo tanto, en un punto, alumbró para muchos un capital simbólico o bien invisibilizado o bien postergado o bien conocido tan solo por unos pocos, fundamentalmente por cenáculos, que gracias a su trabajo hizo acto de presencia en el campo literario de La Plata y de otras zonas de la Provincia de Buenos Aires o de la

metrópoli. Incluso en ciertos casos considerado “menor” por determinadas productoras culturales. Lahitte rejerarquiza esa tradición. Ella la saca a la superficie. Lahitte reinserta esa tradición de la poética de La Plata en el marco de una tradición nacional.

De modo que entre la voluptuosidad presente en su poética, ya fenecida. En un adiós que tiene mucho de nostalgia de esos encuentros por lo general que deja entrever no como perdurables sino como fugaces, más de amantes que de amados de larga andadura. Esa suerte de partida que manifiesta tal experiencia que se ha marchado dejando un saldo evocativo apasionado pero ahora ausente, lamentado. Una innovadora poética que no deja de, creativamente y recreativamente de explorar distintas variables de la poética, una labor incansable de edición, difusión, participación en eventos culturales nacionales, su presencia como representante de la ciudad de La Plata es incuestionable. Se constituye como en una suerte de representante de la ciudad de La Plata en el país. Y parcialmente en el mundo. En menor medida. Lahitte no es la figura pálida de una poeta de provincias que se recluye en un estudio para tejer y destejer como una Penélope angustiada. Es la de una mujer que sale al ruedo. Lo que vale por decir que sale a exigir a las instituciones un lugar para la poética en su ciudad. En el sentido de que exige que desde las instituciones se alcance a comprender que desde las instituciones locales en esta ciudad ha habido poetas, los hay, los seguirá habiendo y merecen un lugar, una jerarquía, no un lugar desngelado. Un lugar que también demanda esos libros sean financiados por instituciones u oficiales o bien privadas pero a las que con espíritu de convicción persuade porque les hace revisar el hecho de que la poesía es y, es más, debe ser parte de “la cosa pública”. Motoriza emprendimientos culturales. Coordina su propio taller en el que se lee mucho. Tanto como se escribe para luego publicar.

Finalmente, con su muerte acaecida en 2013, la previa edición de una *Summa de poemas (1947-1997)* en 1998 por parte de la Municipalidad de La Plata (bien mirado, el centro oficial por excelencia de una ciudad capital, el organismo de gobierno), el nombramiento de su condición de Ciudadana Ilustre quedó sellada, sin desintegración posible, una poética duradera, canonizada en buena medida por varias instituciones literarias no solo de La Plata sino metropolitanas, con un rol de liderazgo, de punta, con ímpetu, en el seno de una sociedad en la que en buena medida gracias a ella comenzaba a volverse la poesía, por fin, un asunto que atañía no únicamente a los varones sino también a las mujeres, la poesía no solo asunto de poetas sino parte de la agenda de una comunidad ciudadana de naturaleza identitaria propia de una colectividad, de una población a la que ella había hecho notar ese principio mediante, precisamente, una poesía notable. También Lahitte había conquistado con una larga carrera de trabajo, inspiración y puestas en contacto con otros productores culturales una trayectoria indiscutible. Había habido un gasto. Un gasto de energías desperejo de fuerzas según el cual ella había debido realizar una labor desde una ciudad de la periferia irradiando su poética hacia otras zonas del país haciéndola respetar como una igual. Pues lo logró. Como una par. Una voz, una enunciación nítida, poderosa pero al mismo tiempo metafísica y por momentos alcanzando la mejor sutileza. Una poética dibujada con claridad. Sin vacilaciones. Un corpus: sus libros, que no son pocos. Algunos traducidos a distintas lenguas total o parcialmente. 2013, el año de su fallecimiento, fue cuando quedó clausurado un proyecto que, desde una acción vital sin precedentes, pero, paradójicamente, con una descomunal

apertura hacia lo que vislumbraba vendría ella logró: la lectura de sus libros, la lectura de su crítica, la escritura de crítica sobre su poética, la edición de los poetas formados por ella que la evocan y la evocarían de modo inolvidable. Un mapa cultural. Una cartografía en lo relativo a la cultura literaria hecha a su medida por ella misma sin demasiados aliados en lo relativo a su formación. Más bien fue una enorme autodidacta. Había abierto una brecha. Como tal merecía, merece el énfasis de un reconocimiento perenne.